

LA SEÑORA DE LOS GATOS

Un misterio aterrador encierra aquella vieja casona, la más antigua del barrio. Ya ha cobrado fama en los alrededores y entre mis compañeros de la secundaria se cuentan mil historias urbanas acerca de: “La Señora de los Gatos”. Así le decían a la vieja de melena desgredada y ya sin color, que vivía al lado de mi casa, su gesto adusto hacia que los vecinos la evitaran al verla pasar. Siempre caminaba encorvada, apoyada en su bastón y cargando un mininos entre sus temblorosos brazos. Por las noches regresaba seguida por varios gatos más, que recogía de las calles. Nadie jamás se había atrevido a tocar a su puerta, mucho menos a entrar en aquel lugar amurallado. Aquí las casas son grandísimas, por esa razón mi casa es la única que colinda con la vieja casona; mis amigos me preguntan si no me da miedo vivir al lado, y yo me estremezco tan sólo al pensar.

Por las noches los escucho desde mi cama maullar, lo hacen de tal manera que parece que hablan, creó que se escuchan en todo el barrio y tal vez más allá. Luego al aparearse se escuchan rodar sobre el tejado, me despierto con un fuerte dolor de cabeza y siempre encuentro las macetas de mi madre tirada y con la tierra regada por todo el jardín. Grita y amenaza con un día envenenar a esos malditos animales. En seguida desiste, pues son una plaga difícil de combatir, además le teme a la “Señora de los gatos”.

Anteriormente habían pedido todos los vecinos a las autoridades que hicieran algo al respecto, pero siempre que venían a investigar no veían un sólo gato por todo el lugar. La anciana vociferaba y decía que nadie en el barrio la comprendía.

Un día venciendo mi temor subí a la azotea de mi casa, que es de dos pisos, me escondí tras de la barda que da a la vieja casona y me asome a ver que veía.

En el patio dos frondosos árboles esparcían sus hojas en el suelo, comenzaba el otoño y el viento los despojaba de vestidura. desde un ventanal se veía el interior de lo que debía ser la sala, los muebles estaban en buen estado, los sillones parecían sacados de la época colonial, de la pared colgaba un reloj de péndulo antiguo que considere tétrico cuando al sonar las doce campanadas del medio día, emitía un lamento como salido del mismo infierno. Se distinguía una mullida alfombra de un gris oscuro, con tintes rojizos, café y blanco con negro, que se extendía por todo el piso. Al parecer la anciana no se encontraba porque no se veía movimiento alguno dentro de la casa. Me incline sobre la barda que me daba a la cintura para ver mejor. Entonces tomé un trozo de ladrillo y lo arrojé esperando ver a la anciana aparecerse, gritando. Pero casi me voy hacia abajo al ver que la alfombra de gatos se dispersaba por todo el lugar; Rápidamente me escondí, pues los felinos buscaban con sus siniestras miradas a quien los había despertado de su apacible sueño.

Desde entonces se me hizo costumbre subir a la azotea a admirar la alfombra de gatos y de vez en cuando les lanzaba un ladrillo para verlos correr, a pesar del miedo que sentía de ser descubierta.

En una ocasión les comenté a mis compañeros del colegio, el hecho y al concluir las clases, fuimos a mi casa a ver desde la azotea el interior de la antigua mansión. Esta vez los gatos estaban en toda la estancia, cubrían con aquel camuflaje de colores los muebles y el piso del lugar en ese tono de colores revueltos. Todos maullaban al mismo sonsonete, creo que lloraban o al menos eso parecía. Algunos amigos bajaron corriendo de la azotea, temblando de miedo. Los que nos quedamos no entendíamos porque maullaban de aquella manera tan lúgubre. Juan, el mas travieso de mis amigos lanzó un ladrillo que hizo correr a los astutos felinos, dejando al descubierto a la anciana tirada en medio de la sala con la mirada fija y aquella diabólica sonrisa que difícilmente

olvidaré. Todos nos abalanzamos escaleras abajo en estado de shock, nos mirábamos aterrados, unos gritaban que llamara a la policía, tomé el teléfono temblando y llame a la ambulancia; A pesar de nunca conviví con la anciana y de huirle cada vez que la veía, tenía la esperanza de que sólo estuviera desmayada; aunque su rigidez me hacía comprender que ya estaba difunta.

Por el barrio se comenta que la encontraron en estado de descomposición, que alguien la arrastró desde su recámara en donde falleció, hasta la sala.

Eso explica como, si todas las tardes me asomaba a la casona nunca la vi. Ahora se cuenta que se escuchan ruidos y lamentos que no son provocados por los gatos que se hallan allí, otros dicen que la han visto por las noches recogiendo animales callejeros. Yo jamás he vuelto a asomarme por la azotea, pues tengo miedo que su alma este deambulando por la casona y me vea.